

# Fuera de VALIJA

124, mayo 1948  
EL PREMIO AL PIADOSO

**E**l premio "Mariano de Cavia", fundado por el diario "ABC" para concederlo al mejor trabajo periodístico del año, ha sido concedido a don Jacinto Benavente por su artículo "Al dictado", que vió la luz en el propio "ABC", organizador del concurso. Hace más de dos meses, el diario falangista "El Alcázar" adivinó que el premio sería para don Jacinto, lo cual enojó sobremanera al "ABC". Suponemos que aquel enojo se habrá convertido ya en satisfacción, al ver premiado ahora a su distinguido colaborador. ¡Quién lo había de decir! —exclamará jubiloso para sus adentros el señor marqués de Luca de Tena, repuesto en su cargo de presidente de la sociedad editora del "ABC". Y, por su parte, "El Alcázar" celebra con irónico alborozo el malicioso acierto de su fácil profecía. Así, pues, todos contentos. Mas no nos interesa ahora esa vana querella periodística. Nos interesa el artículo premiado, salido de la aguda pluma del autor de "Los malhechores del bien". "Al dictado" es un artículo aparentemente inspirado por un noble sentimiento: el de la piedad. Su dictado —dice el autor— "llega de muy alto: de donde la Justicia no se confunde con la venganza y La Clemencia está más alta que la Justicia". Como se ve, don Jacinto no ha encontrado manera más discreta de decir que ha escrito el artículo al dictado del propio Dios misericordioso, de quien él no sería en este caso más que un humilde amanuense. (En estas condiciones, escaso mérito tuvo la predicción de "El Alcázar", pues ningún otro colaborador de la prensa franquista podía estar en condiciones de competir este año con el propio Dios, quien de ese modo, y por intermedio de don Jacinto Benavente, recibe por primera vez, desde la Creación, el premio "Mariano de Cavia"). La clemencia inspirada desde tan alto a don Jacinto Benavente se derrama en el artículo premiado sobre el mariscal Pétain. No escribiríamos a este propósito ninguna palabra impía. Sobre la lamentable figura del viejo soldado hemos corrido hace tiempo el manto de esa suprema piedad que es el olvido. Olvidamos el mal que nos hizo. Acaso una gestión suya —que Víctor Basch y Marius Moutet solicitaban de él cuando era embajador de Francia cerca de Franco— hubiera salvado la vida al doctor Peset. En mi archivo tengo la carta del mariscal Pétain negándose a intervenir en favor de los "rebeldes españoles". Acaso una intervención suya habría evitado el fusilamiento de Companys, de Cruz Salido, de Zugazagorta, de Manuel Muñoz, arrancados de tierra francesa. Pero no hubo intervención piadosa del mariscal Pétain. Seamos, sin embargo, piadosos con él. Olvidemos. También nosotros escribimos a veces al dictado de algún ángel bueno, pues sería excesivo para un simple refugiado creer que era al dictado del propio Dios misericordioso. Olvidemos, pues. Perdonemos al mariscal Pétain. Pero, ¿se trata, en realidad, de perdonar al mariscal Pétain? ¿No nos pedirá más bien don Jacinto Benavente que perdonemos a don Jacinto Benavente? Ciero que don Jacinto Benavente pide el indulto del mariscal Pétain, pero quizás de ese modo no haga sino pedir por adelantado su propio indulto. Lo que don Jacinto pretende amparar con la clemencia que le dictan desde lo alto, es el petainismo, esto es, el colaboracionismo. Don Jacinto escribe, en efecto, estas palabras reveladoras: "Colaboración con el vencedor? ¿Podía ser otra cosa? ¡Colaboracionismo! Lo preciso y nunca más de lo necesario". ¡Palabras preciosas! Es decir, colaboración de Pétain con Hitler, colaboración de Benavente con Franco. Pétain al dictado del ocupante. Benavente al dictado del usurpador. Que son, para ambos, sus dioses menores.

Don Jacinto parece convencerse ante "el noble mariscal, defensor de Verdún en la guerra anterior". Esas nobles palabras revelan que don Jacinto es un noble desmemoriado. Cuando Pétain era un noble defensor de Verdún, don Jacinto era, a su vez, un noble defensor del Kaiser, en servicio del cual redactó el célebre manzana de los germanófilos españoles, cuyo primer firmante fué. Cuando Pétain defendía a Verdún, don Jacinto estaba deseando, como buen germanófilo, que los franceses machacaran al "noble mariscal", "glorioso anciano de limpia historia", según nos cuenta ahora. La vida del "noble mariscal" le importaba entonces exactamente una higa al noble germanófilo que era don Jacinto. Como le importa ahora una higa la vida de tantos fusilados y la prisión de tantos perseguidos por Franco, sobre los cuales pudo derramarse conmovida la piedad de Benavente. Mas no conocemos ni un gesto de amparo suyo, ni una palabra de compasión ante el dolor de los españoles perseguidos por Franco. La clemencia de Benavente ignora las cárceles, y los sombrios pabellones de ejecución de las ciudades y de las aldeas de nuestra patria. Su clemencia —travieso parajillo— ha volteado, en cambio, hasta la prisión francesa donde chocaría el noble mariscal. O, quizás, no ha salido del propio charto de trabajo de don Jacinto y se ha posado sobre su propia persona. La clemencia bien entendida emplea por uno mismo. El indulto para el colaboracionismo debe amparar, por lo tanto, a todos los colaboracionistas, y, en primer término, a los colaboracionistas españoles. Al colaboracionista don Jacinto Benavente, ganador, con la ayuda de Dios, del premio "Mariano de Cavia". A los colaboracionistas del jurado que han premiado el artículo de Dios misericordiosos firmado por don Jacinto. A los colaboracionistas lectores del artículo premiado a don Jacinto. Colaboracionismo que quiere hacerse perdonar ya, proclamando que fué "lo preciso y nunca más de lo necesario": casi, casi como le ocurrió a la doncella del cuento. Todos se comenvenen, desde luego, pidiendo el indulto de Pétain, es decir, su propio indulto. Perdonemos, pues, a Pétain. Para él, nuestra clemencia. Y también —¿por qué no?— para Benavente. Don Jacinto merece también nuestra lástima. Si el jurado del "ABC" le ha premiado su piedad, no le neguemos la nuestra, que buena falta le hace.

EL VALIJERO

A.P.C.E.  
SIG.: 1.25/1309